

EL ÁMBITO POLÍTICO INTERNACIONAL PARA LAS INVERSIONES PETROLERAS (1980s)

El texto de abajo es un capítulo de: S. Wionczek, Miguel., *Mercados Mundiales de Hidrocarburos. Situación presente, perspectivas y tendencias futuras*. México, El Colegio de México, 1983, pp.351-360

Edward L. Morse

En el decenio de los ochenta, el ámbito internacional para las inversiones en exploración y producción de petróleo será distinto al que imperó a fines de los sesenta y durante los años setenta. El ámbito que está surgiendo podría crear mejores oportunidades para las empresas privadas en varios medios extranjeros. Las pautas de los acontecimientos políticos y económicos serán muy variadas, mucho más de lo que parecía posible hace cinco años. Ello implicará que las empresas tendrán que ser más selectivas al analizar las oportunidades de inversión, optando por las más favorables y tratando de evitar las más adversas.

El contexto

La economía petrolera internacional de los decenios cincuenta y sesenta, dominada por los sistemas integrados de exploración, producción y distribución de las grandes empresas, se caracterizó por la expansión de la producción y la reducción del precio, a medida que se desarrollaban los nuevos yacimientos baratos, sobre todo en el Medio Oriente. Los incrementos de la capacidad de producción eran continuos; la demanda también creció significativamente, pero menos que la oferta. Cuando la demanda aumentaba a tasas inferiores a las previstas, o cuando disminuía como consecuencia de los ciclos económicos del mundo industrializado, las fluctuaciones eran absorbidas por los nuevos proveedores incrementales. En resumen, la carga del ajuste recaía en los gobiernos de los países productores en el exterior.

Por diversas razones, los factores subyacentes que apoyaban este sistema se deterioraron rápidamente a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. En términos económicos, los factores importantes fueron dos: la demanda de petróleo, estimulada por precios nominales y reales en disminución, comenzó a crecer con más rapidez que la oferta, y Estados Unidos se convirtió en un importador neto considerable de petróleo. Sin embargo, los factores políticos fueron aún más importantes. Los gobiernos de los países exportadores se negaron a seguir absorbiendo las variaciones de la demanda y a aceptar una participación marginal en la renta petrolera, al tiempo que una ola de nacionalismo económico inundaba al Tercer Mundo con las banderas de soberanía económica, redistribución de la riqueza y el ingreso, y organización de los mercados de productos básicos. La OPEP, al iniciar un mecanismo defensivo de respuesta ante las cambiantes pautas económicas, se convirtió en el principal proponente de las exhortaciones en favor de un Nuevo Orden Económico Internacional.

En los años setenta surgió una pauta definida. Desde el punto de vista económico, ocurrieron dos grandes trastornos del suministro, consecuencia de la prevista y creciente tensión del mercado petrolero ocasionada porque la demanda de las economías industrializadas y las no desarrolladas sobrepasaba a los aumentos de la oferta. Tales trastornos se tradujeron en dos agudos incrementos del precio; al principio, las compañías petroleras captaron la mayor parte de las incrementadas rentas, y después los gobiernos de los países productores se movieron rápidamente para “recapturarlas”. Los países en desarrollo, urgentemente necesitados de reducir la carga de sus importaciones de crudo, ofrecieron incentivos a las empresas privadas para explorar y desarrollar sus recursos energéticos, pero en condiciones cada vez más rigurosas; a medida que se descubría y explotaba el petróleo, se convertían en medios cada vez menos favorables, pero por lo común mejores que los países de la OPEP. En algunos casos, como el de Angola, la situación totalmente desprotegida del país o la gran inestabilidad de su situación llevó a los gobiernos a ofrecer términos bastante generosos. En otros, como el de Perú, el nacionalismo económico dio como resultado la nacionalización de las empresas privadas extranjeras. En general, las condiciones políticas de inestabilidad en el mundo en desarrollo aumentaron el riesgo para las inversiones petroleras, muy intensivas en capital.

Además, en el decenio de los setenta apareció una nueva clase de actores que asumieron un papel de importancia en la economía petrolera internacional; las empresas petroleras nacionales. Al mismo tiempo, las empresas privadas integradas perdieron el acceso directo a las fuentes de suministro y destinaron una parte cada vez mayor de sus esfuerzos a la exploración, la producción y la distribución en sus propios sistemas internos. En los países industrializados, las empresas petroleras nacionales no se ocuparon solamente de las compras directas de gobierno a gobierno con los países productores, sino también de la exploración tanto en el territorio nacional (donde a algunas, como Statoil o Petro Canadá, se les asignaba un papel fundamental) como en el exterior (donde, gracias al apoyo del gobierno local y, muchas veces, a los subsidios del gobierno de su país de origen, disfrutaban de una favorable posición política).

No era sorprendente que las tendencias reseñadas parecieran inexorables y lineales en 1980; sí lo fue en 1982 que parecieran complicarse tanto y tan abruptamente, aunque sin llegar a desaparecer.

Los nuevos patrones

El año 1981 nos recordó que, en muchos aspectos, el petróleo es una mercancía que, como otros productos básicos (estaño, cocoa, café), está sujeta a fluctuaciones de la demanda, la oferta y el precio. Debido a los permanentes aumentos del precio en el decenio anterior, tendíamos a olvidar que el crudo es una mercancía y a hacer hincapié en ciertos aspectos que lo singularizaban. Ha llegado la hora de volver a analizar las características políticas y económicas del mercado petrolero.

En el campo económico, los precios nominales de los años setenta, continuamente crecientes (a veces en espiral), modificaron sustancialmente los patrones de la demanda en el mundo industrializado. La demanda máxima de petróleo de la OPEP fue de 31 mbd y tuvo lugar en 1979. A mediados de 1981 era de 17.5 mbd, y no se espera que vuelva a alcanzar los niveles de 1979 antes de 1990, si es que alguna vez los alcanza. En el decenio en curso podrían volver a ocurrir trastornos en la oferta, pero los efectos previsibles en el precio serán menores que en el pasado, debido a diversos factores:

- La oferta de los países que no integran la OPEP ha estado creciendo a tasas mucho mayores que la de los miembros de la Organización, y es probable que las empresas de los países industrializados sigan prefiriendo a los primeros. Entre los integrantes de la OPEP, sólo Arabia Saudita puede aumentar significativamente su capacidad productiva, y es precisamente el país más vulnerable a eventuales trastornos en el decenio.
- Al eliminar los controles que pesaban sobre el precio del petróleo y prometer eliminar los del gas natural, Estados Unidos se ha reintegrado a la economía energética mundial. Como consecuencia, no sólo se espera que la demanda estadounidense disminuya mucho, sino que el tamaño y la influencia de su economía ejerzan nuevas presiones sobre los precios y las pautas de inversión en la industria petrolera, lo cual tiene tanta importancia, por lo menos, como la disminución de la demanda. Otra vez los precios resultarán muy influidos por lo que pueda obtenerse en el mercado energético más grande del mundo - Estados Unidos-, después de una década en que los subsidios internos a los hidrocarburos permitieron a la OPEP manejar el precio internacional con una autonomía considerable. Además, el clima de inversiones en Estados Unidos se vuelve a establecer patrones internacionales, invirtiendo la tendencia de los años sesenta. Los predios internos del crudo y un sistema fiscal relativamente benigno hacen de ese país un medio mucho más competitivo para atraer inversiones que el de hace sólo tres años, estableciendo pautas ante las cuales otros gobiernos tendrán que responder.
- Los países industrializados han aprendido cómo cooperar mejor ante un trastorno en el suministro. La exitosa moderación de los precios que lograron después de estallada la guerra entre Irán e Irak indica que disponen de una mayor capacidad para manejar futuros trastornos de la oferta.

Para el próximo decenio puede esperarse que se presente uno de dos escenarios posibles. En primer lugar, las tendencias actuales señalan que el escenario más probable es el de un largo período de demanda floja. Si éste es el caso, no se generará el capital necesario para invertir en la exploración y producción de petróleo que se preveía hace un año, y mucho menos en las opciones de costo más alto. Al cabo del tiempo, el resultado será la sub-inversión, sobre todo si los precios reales decrecientes hacen aumentar la demanda en el decenio. Sin embargo, la perspectiva del nuevo desequilibrio entre oferta y demanda y del próximo aumento considerable del precio se habrá postergado por cinco años, cuando menos, y probablemente por más tiempo. En segundo lugar, las circunstancias políticas, sobre todo las del Medio Oriente, bien podrían dar como resultado un trastorno considerable del

suministro, que establecería las bases para una nueva vuelta de aumentos del precio. Que se presente uno u otro de estos escenarios influirá de manera fundamental en el clima general para las inversiones en exploración petrolera.

Escenario 1: Demanda floja y competencia por el capital

- Una característica principal del mercado energético en el corto plazo es la perspectiva de ganancias reducidas para las empresas privadas y nacionales y, por consiguiente, la necesidad de establecer con sumo cuidado, sus prioridades de inversión. Esto no es un secreto para la OPEP ni, sobre todo, para el jeque Yamani, que está tratando deliberadamente de asegurar que el precio real del petróleo disminuya durante los próximos tres o cuatro años, precisamente para postergar la marea de suministros alternativos y reafirmar el papel de su país, tanto en la OPEP como en el mercado petrolero internacional.
- Hoy en día parece claro que, a la hora de confrontar las opciones de inversión, la prioridad más baja se asignará a los combustibles sustitutos. Al respecto Yamani tiene mucha razón: para liquidar el crecimiento acelerado de los combustibles sintéticos y de otras opciones de alto costo, lo mejor es asegurar que los precios reales del crudo disminuyan durante; un largo lapso. Para nuestras operaciones, la prudencia aconseja tomar como expectativa básica que los precios reales se mantendrán constantes, o aumentarán muy poco, durante un período considerable.
- Los sauditas parecen compartir esta lección, al aumentar continuamente su capacidad de producción hasta los 12.5 mbd. *El ámbito que surge la competencia por el capital.* Hay una tendencia superficial a creer que, al disminuir las perspectivas de utilidades, a las empresas privadas les convendría hacer sus inversiones en hidrocarburos en medios políticos "seguros", es decir, en otros países desarrollados como Canadá, Noruega o el Reino Unido. Empero, si se analizan con más profundidad las oportunidades de inversión, quizá se compruebe que serán mejores en el mundo en desarrollo que en las democracias industrializadas, donde el nacionalismo (es el caso de Canadá) y los altos impuestos (en los países del Mar del Norte) reducen las expectativas de rentabilidad de las nuevas inversiones.

Es probable que las reducidas perspectivas de ganancia de las empresas privadas y el atractivo clima nuevo para las inversiones en Estados Unidos induzcan a los países en desarrollo a competir entre sí por las inversiones de capital. El impulso para hacerla provendrá del deseo de aumentar su propia producción de crudo, quizá hasta llegar a la exportación, para reducir (si no revertir) sus extraordinarios déficit de balanza de pagos. Podemos prever que, durante el próximo decenio, varios países en desarrollo reducirán significativamente el costo del ingreso para las empresas petroleras, las cuales verán mejorar en consecuencia su proyectada rentabilidad. También es previsible que los países en desarrollo acepten modificar la proporción de la renta petrolera que están dispuestos a dejar en manos de las empresas privadas internacionales. Por último, podemos prever que un número creciente de países productores, tanto de la OPEP como ajenos a ella, aumente los precios internos del petróleo y sus subproductos para acercarlos al nivel

internacional, con el fin de reducir la demanda y aumentar las exportaciones de crudo, tanto por razones de balanza de pagos como de política económica interna.

Otra ayuda para el clima de inversión radicaré en la disminución de los fondos públicos disponibles para el desarrollo de hidrocarburos. Hace sólo dos años, parecía que el Banco Mundial y otras instituciones financieras internacionales aumentarían significativamente sus créditos destinados al desarrollo de hidrocarburos. Sin embargo, el déficit presupuestario de los países industrializados y la reducción del excedente colectivo de los países de la OPEP (en muchos casos incluso los déficit) están restringiendo gravemente los montos de capital disponibles para las instituciones públicas. La coalición que respaldaba el financiamiento público internacional se vino abajo, y no es probable que se reponga durante un lapso considerable. Ello estimulará a los países en desarrollo a mejorar las condiciones para el sector privado, sobre todo si el Banco Mundial desempeña efectivamente el papel catalítico de recoger y armonizar un mayor financiamiento de ese sector.

Por otra parte, muchos países en desarrollo están empezando a aprender una lección de dos mil años de derecho comercial en Occidente: la santidad de los contratos. El mercado petrolero tenso había permitido a los países en desarrollo de la OPEP tomar medidas unilaterales en materia de expropiaciones y de los convenios de suministro de crudo. La debilidad actual del mercado hace sufrir precisamente a los mismos países que violaron la santidad de los contratos. En resumen, el mundo en desarrollo está comprendiendo el fundamento racional de esa santidad.

Ya se han producido cambios favorables en el clima de varios países para la inversión internacional. Angola, que era un estado "paria", sigue haciendo atractivo el desarrollo de los hidrocarburos para las empresas privadas; Perú, que a fines de los sesenta nacionalizó las actividades de las compañías internacionales, estableció una nueva ley de hidrocarburos que genera expectativas de ganancias mucho más favorables para las empresas que las que ofrece cualquier país industrializado. Podemos prever que los factores que llevaron a Perú a promulgar su nueva ley se difundan en el mundo en desarrollo -aunque no en todos los países-, lo cual haría más atractivo para las empresas privadas invertir en ellos.

Las empresas petroleras nacionales. Durante el último decenio surgieron, en todo el mundo, las empresas petroleras nacionales. Se crearon primero en los países industrializados, donde competían con las empresas privadas en la distribución del crudo y sus productos. Aparecieron después en las naciones en desarrollo, donde se convirtieron en el instrumento preferido para influir en la exploración y la producción, así como para participar en la distribución mediante las compras directas de gobierno a gobierno.

Para el próximo decenio podemos prever una reducción de la cantidad de EPN y una expansión de las actividades de las que subsistan. Ya está a la vista la reducción de la cantidad y de la gama de actividades de las EPN europeas y de algunas de países en desarrollo dedicadas a las compras directas y a otras

actividades distributivas. Tal reducción proviene de la renuencia de los gobiernos a subsidiar a las empresas nacionales en una época de mercados flojos. En general, esta reducción será saludable para la economía mundial, en la medida en que crecerá el papel de las empresas no subsidiadas y en la que aumente la eficiencia global gracias a la desaparición de algunos actores ajenos al mercado petrolero.

Al mismo tiempo, es previsible una expansión de las actividades de las EPN en el desarrollo de hidrocarburos, sobre todo en el caso de las empresas que han tenido éxito en sus ámbitos nacionales. Es probable que empresas como Pemex, Statoil y Petro Canadá se hagan mucho más internacionales y que participen en sociedades con empresas privadas y con otras EPN para explorar y producir, especialmente en el mundo en desarrollo.

Esta evolución es previsible por tres razones: primero, es probable que a las empresas privadas les atraiga la idea de extender su base de capital en actividades de exploración y producción y que las EPN les resulten socios inversionistas viables; segundo, también las EPN querrán trabajar con las empresas privadas, para aprovechar la experiencia de éstas; tercero, algunos países en desarrollo (incluso China, probablemente) se sentirán más "cómodos" si las empresas privadas que invierten en su país lo hacen en sociedad con empresas nacionales .

Esta evolución no debe resultar temible. En realidad, crea oportunidades para las empresas privadas que desean investigar en las fronteras del desarrollo, para que puedan hacerlo en sociedad con las EPN. Hay otro resultado benéfico probable: al participar en los mercados del Tercer Mundo, las EPN asumirán cada vez más la óptica de las empresas privadas, y comprenderán la necesidad de establecer con éstas relaciones más equilibradas o recíprocas, incluso en lo que se refiere a las inversiones en sus propios países de origen .

El decreciente papel de la OPEP. En el curso del próximo decenio pueden preverse tres acontecimientos con respecto a la OPEP.

Primero, es probable que se reduzca su participación total en el comercio internacional de crudo, sin que gane una porción importante en el comercio de subproductos y petroquímicos. Las inversiones internacionales que se hacen fuera de la OPEP han crecido -y seguirán creciendo a tasas mucho más altas que dentro de ella. Es probable que las empresas de los países industrializados sigan prefiriendo el suministro de las naciones que no la integran.

Segundo, durante el decenio disminuirá el número de miembros de la OPEP en condiciones de exportar, a medida que aumente el consumo interno y que la producción se estanque o decaiga en algunos de los países que la integran.

Tercero, es previsible que el poder interno de la OPEP se concentre cada vez más en unos pocos países, los del Golfo (Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos, en particular), cuya proporción en la producción de la OPEP aumentará.

Este nuevo papel de la OPEP y las cambiantes circunstancias del mercado (sobre todo si el actual exceso de capacidad de producción se prolonga por todo el decenio) harán disminuir la influencia de la Organización en el establecimiento de los precios. En un mercado flojo, los precios se fijan cada vez más en el lado de la demanda, es decir, en el continente norteamericano y en los mercados europeos y del Mar del Norte. En un ámbito de este tipo, el papel de la OPEP consistirá en mantener mientras pueda un precio básico mínimo, y no en aumentado irreversiblemente cada vez que surja la oportunidad.

El mercado de futuros. La última característica que señalaré entre las que surgirán si se cumple este escenario es la reconstitución parcial del mercado y la aparición de un mercado de futuros. Ya hemos presenciado el crecimiento descomunal del mercado de futuros de algunos productos petroleros, en especial el combustóleo para calefacción doméstica y el gasóleo. Hay varias razones que hacen prever el desarrollo de un mercado de futuros del crudo en el decenio; la más importante es que a varias EPN les resultará conveniente ese tipo de contratos.

Si persiste la actual sobreoferta, es previsible que los gobiernos de México y, quizá, Noruega y el Reino Unido prefieran que sus empresas nacionales vendan el crudo en futuros a seis meses, para reducir la incertidumbre de sus proyecciones de ingresos. Por el lado de los consumidores, es probable que varias instituciones públicas quieran comprar petróleo en el mercado de futuros con el objeto de lograr cierto grado de seguridad con respecto a sus gastos. En un mercado flojo, el de futuros también resultaría muy atractivo para varios países en desarrollo que son exportadores marginales. El objetivo fundamental de estas naciones sería lograr un ingreso estable sobre el cual apoyar los planes económicos internos. Nada puede asegurarles mejor un flujo estable que la contratación en un mercado de futuros.

No sería muy difícil poner en marcha este mercado; si se lograra, se atenuarían mucho las oscilaciones del precio con respecto a las que hemos experimentado en los últimos años.

Escenario II: Otro gran trastorno del suministro

El otro escenario posible para el próximo decenio sería el de una nueva interrupción grave del suministro. No es necesario un gran esfuerzo de imaginación para mencionar las posibilidades de que ello ocurra: el Medio Oriente ofrece varios ejemplos potenciales. Sin embargo, por las razones que hemos señalado más arriba, sólo las posibilidades más extremas (y menos probables) podrían tener un efecto en los precios, las condiciones de los contratos y las normas para la inversión comparables a los que tuvieron los trastornos de 1973-1974 y 1979-1980.

El cambio revolucionario y las interrupciones. En la década de los años ochenta, el trastorno más probable del suministro podría provenir del conflicto interno y la guerra civil en un miembro de la OPEP. En muchos de estos países, que están en vía de desarrollo, la rápida modernización de la sociedad

ha creado inestabilidades internas; por tal razón, es probable que en alguno o algunos de ellos se produzca, durante el decenio, un cambio revolucionario. Ello es especialmente cierto en el caso de los países con población relativamente grande y de rápido crecimiento, para los cuales los ingresos petroleros constituyeron un elemento sumamente desestabilizador: han generado un rápido cambio social y económico, grandes desplazamientos demográficos internos (sobre todo urbanización), una brecha creciente entre la demanda de empleo y las posibilidades de generarlo, y desarticulaciones económicas que tienen como consecuencia una tasa de cambio desproporcionada, un deterioro de la infraestructura agrícola y enormes importaciones de alimentos y bienes de consumo.

Los países en los cuales podrían ocurrir trastornos como los aludidos serían Nigeria, Indonesia, Irán e Irak. Empero, es muy improbable que los cambios revolucionarios tengan lugar en varios de estos países al mismo tiempo. En las condiciones previsibles de oferta y demanda para el decenio, dos o tres de estos países podrían desaparecer del mercado sin que los precios sufran un efecto significativo.

Así como la economía mundial se adaptó rápidamente a la guerra entre Irán e Irak en 1980, también podría ajustarse a la interrupción del suministro de otro país exportador, y aun al de varios, aunque ocurriese un trastorno por año hasta bien entrado el decenio.

Arabia Saudita y el Medio Oriente. Puede preverse que el Medio Oriente sea también una fuente de inestabilidad durante todo el decenio. A menudo suele señalarse a Arabia Saudita como una fuente probable de inestabilidad o de interrupción del suministro, aunque en modo alguno es la única.

Hay dos posibilidades de inestabilidad en Arabia Saudita. La primera consiste en que, como una repercusión de la exitosa revolución iraní y la no menos exitosa derrota a Irak, pudiera ocurrir a corto plazo un contagio en la provincia chiíta oriental de Arabia Saudita. En esa provincia ya es considerable el resentimiento popular contra la familia real. Sin embargo, el peor escenario insurreccional posible de la provincia oriental no es suficiente para generar pesimismo acerca de la supervivencia del régimen saudita o de una interrupción importante del suministro de petróleo. Es cierto que se trata de una región en la que el crudo abunda, pero la seguridad en los yacimientos es buena y mejora día a día; no es muy grande la posibilidad de que los terroristas ocasionen daños a los pozos. Puede preocupar un poco más la perspectiva de un año de ese origen a las instalaciones de carga, pero también esa posibilidad disminuirá con el curso del tiempo gracias a medidas que se adoptan en la actualidad (que incluyen la construcción del oleoducto a Yanbu y medidas directas de seguridad). En el peor de los casos, los trastornos civiles podrían reducir en unos 2 mbd el suministro saudita. Al mismo tiempo, no hay que subestimar la decisión y la habilidad del gobierno saudita para convencer con dinero a los insurgentes potenciales.

La segunda posibilidad, más preocupante en el largo plazo, es la de un cambio revolucionario en el reino. Y bien, supongamos que se produce la revolución

saudita; ¿qué formas podría asumir? En este país no es probable que un nuevo régimen adopte el estilo del de Irán. Presumiblemente se trataría de una revolución de la clase media burguesa, parlamentaria y de funcionarios públicos, cuyos objetivos fundamentales radicarían en limitar la producción a 6 u 8 millones de barriles diarios para conservar los recursos de la nación en beneficio de las futuras generaciones, limitar el gasto en armamentos y grandes proyectos industriales, y hacer al país más "independiente" de Estados Unidos. Es decir, también en este caso puede preverse cierta tensión mayor en el mercado, pero no un gran incremento del precio.

También podría producirse otro tipo de trastorno en la región del Golfo. El contagio de la insurgencia islámica afecta a todos los productores de la zona, especialmente a Bahrein. Kuwait es vulnerable a un ataque foráneo, sobre todo de Irak, a la subversión interna (insurgencia islámica, gran población de origen palestino) o a una revolución (burguesa, del estilo previsto para Arabia Saudita). Los EAU están en situación similar. No obstante, ninguno de estos escenarios produciría un trastorno de gran duración o de un monto considerable.

Son más problemáticas dos posibles guerras de gran escala. La primera provendría de la revolución iraní y de su intento de internacionalizar una guerra santa en toda la región. Empero, esa guerra exigiría al máximo los limitados recursos financieros y militares de Irán. Incluso un duopolio integrado por un Irán y un Irak reconciliados constituiría una coalición demasiado inestable para mantener la hegemonía en la región. La posibilidad de una grave interrupción del suministro sólo se presentaría si Estados Unidos y la Unión Soviética se viesen arrastrados a defender a sus aliados respectivos.

La otra posibilidad de conflicto internacional de gran escala en la región es la de una expansión de la guerra de Israel con Siria, que no parece probable en el futuro inmediato. Israel invadió al Líbano con dos objetivos limitados: destruir las bases palestinas de operación militar en el Líbano y hacer retirar las tropas y los cohetes sirios. Logrará hacerlo, lo cual le otorgaría cierto respiro. Sin embargo, su situación es problemática en el largo plazo. No ha logrado resolver las raíces de la cuestión palestina, ocupa territorios cuya población árabe crece con más rapidez que la judía, la emigración judía es mayor que la inmigración del mismo origen, y sus problemas económicos son inmanejables. Hay muchas complicaciones eventuales que serían muy peligrosas, que implicarían la participación de las superpotencias en una guerra generalizada en la región... y un grave trastorno en el suministro de petróleo. Estas complicaciones, empero, no pueden preverse para un plazo inmediato.

En resumen, hay posibilidades de que el mercado no se mantenga tan flojo durante mucho tiempo, pero no es probable que se materialicen en lo que resta del decenio en curso. Cuando esas posibilidades se concreten tendrán como resultado inevitable un aumento de los precios, un aumento inmediato de las utilidades de las empresas y el subsecuente estímulo a los gobiernos de los países productores para recapturar la renta del petróleo, lo cual generará a su vez un clima menos estable para las inversiones de las corporaciones petroleras. En el corto plazo, debido a las menores perspectivas de ganancias

para las empresas, es probable que aumenten los estímulos para atraer a la inversión de capitales escasos.